

Calixto y Melibea, o el gallo y la gallina¹

David Canela Piña
Universidad Internacional de la Florida

La Celestina regresó a Miami², con el grupo de teatro «El público». La compañía cubana afirma que retomó el clásico español «para encontrar en su esencia un retrato contemporáneo de nuestras urgencias y anhelos». Pero después de ver la obra, es difícil imaginar otra urgencia, fuera de la sexual.

Dirigida por Carlos Díaz, y en adaptación de Norge Espinosa, la nueva versión se presentó en el Miami Dade County Auditorium, con el auspicio de la promotora cultural FUNDarte. Las funciones ocurrieron el último viernes, sábado y domingo de enero, en la sala principal del teatro. La asistencia fue plena, aunque sólo se habilitó la primera sección de platea, cuyo espacio fue delimitado por grandes cortinas de gasa blanca.

La escenografía estaba compuesta de telones negros, con texturas rugosas, que daban la impresión de estar en una cueva, o una gruta. Y ciertamente, la decoración ya anuncia un cierto espíritu cavernícola.

En cuanto al vestuario, la *Celestina* iba cubierta de sogas y harapos, como una mezcla entre la vieja Dolores Santa Cruz, de la zarzuela *Cecilia Valdés*, y el rey Jerjes de la película *300*. Los personajes de Sempronio, Pármeno, Tristán y Centurio eran dignos representantes de la cultura *leather*. Exhibían sus torsos, forrados de tiras y correas de cuero negro, igual que las tangas que les cubrían los genitales, con un saquito para el pene; y detrás, llevaban una malla de encaje negro, abierta en ojiva doble, por donde se les veían las nalgas. Sus atuendos evocaban la estética de Robert Mapplethorpe y Tom of Finland. Calisto y Melibea, con su vestimenta de color blanco, simulaban a unos cortesanos del período rococó: ambos de corsé, ella con miriñaque doble, y las tetas afuera. Parecían actores del videoclip *The principles of lust*, de Enigma, pero con menos ro-

1.– Puesta en escena de *Celestina* en Miami, por el grupo de teatro «El público». La obra se presentó los días 26, 27 y 28 de enero, en el Miami Dade County Auditorium. La nueva versión fue estrenada en el «Corral de Comedias» de Madrid, el 1 de julio del 2023, como parte del festival «Clásicos en Alcalá»: <<https://www.clasicosenalcala.net/2023/obras/1226-celestina.php>>

2.– La puesta anterior fue realizada por el grupo Avante, durante el 23er Festival Internacional de Teatro Hispano de Miami (2008). <https://celestinavisual.org/items/show/1719>

pa, y una sensualidad más rígida, impostada, y bestial. Elicia, de cuerpo hombruno, hacía gala de unas prendas que recordaban a la madame de un prostíbulo francés de inicios del siglo xx; y Areúsa, con una malla enteriza negra, en forma de red de pesca, parecía una trabajadora del burdel de su prima, o una estrella del carnaval de Río. El único que mostraba algún recato, vestido con un abrigo de pieles, era Pleberio.

La versión de Díaz y Espinosa fue bastante fiel al texto de la tragicomedia. Allí están las escenas principales: el primer encuentro en el huerto, la visita de Celestina a Melibea, la preparación del hechizo, las reuniones nocturnas de los jóvenes, y por supuesto, la muerte de la alcahueta, y luego la de los amantes. Sin embargo, las referencias al mundo afrocubano, el chequeré, el machete de Oggún, las danzas a Yemayá y Oshún, la canción de Bola de Nieve, que le canta Celestina a Pármeneo, entre otras, no pasan de ser un guiño, en el mejor de los casos, a la identidad del público cubano. Solamente la canción «En el tronco de un árbol», cantada por Melibea, se justifica como un divertimento, por su doble sentido. En general, no hubo espacios para la duda o el eufemismo. El abuso de gestos lascivos inundaba cada escena de la obra.

Cuando en el año 2002 yo vi la otra puesta de «El Público», en el Triunfo de La Habana, recuerdo que había mucha audacia sexual, pero tenían gracia. Las funciones se repletaban. Todos querían ver a una rubia voluptuosa, que desfilaba completamente desnuda, y también el pene carnal de Alexis Díaz de Villegas, de quien decían que tenía una manguera. Todavía faltaban unos años para que lo bautizaran como Juan de los Muertos. De aquella versión recuerdo el final, con una rumba generalizada, cuyo estribillo decía «la natilla, la natilla». Y mientras todos bailaban, Alexis y un actor rubio, igualmente bien dotado, se paraban a bailar desnudos sobre la baranda del segundo piso del teatro. La gente salía alegre, y repetían la función el próximo fin de semana. Yo lo entendía. Desde que se rompió la tradición del bufo en Cuba, con la desaparición de los teatros Alhambra y Shanghai, en los cuales se presentaban sainetes y vodeviles criollos, que combinaban la picaresca y el erotismo, había quedado un vacío en el teatro cubano. Aquella *Celestina* cubría esa demanda de risas y voyerismo, pero esta versión es otra cosa. Es una caricatura de aquella soltura sexual, pero en farsa grotesca, oscura y animal. Los personajes andan a gatas, con las nalgas al aire, y cuando no están remedando el acto sexual en cualquier escena, están haciendo gestos sensuales, o frotándose unos con otros.

Por ejemplo, la escena en que Celestina visita a Areúsa, para que ésta consienta en el amor de Pármeneo, acaba en una orgía, donde participan Areúsa, Pármeneo, Elisia y Sempronio. Los cuatro personajes declaman una décima, que dice más o menos así: «La gallina con el gallo», «la yegua con el caballo», «el pato con la pata», «el ratón con la rata», y después de mencionar otras parejas de animales, concluye en que a todos les gusta singar. De hecho, el poema rima «pinga» con «singa». Y ese momento, si

se le puede llamar climático, provocó cierta risa en el público, tal vez por su parodia de la décima campesina, con un tema sexual.

Y para seguir con la tónica, hubo otra orgía en el último encuentro de Calisto y Melibea. Mientras ellos parecían besarse, en cuatro patas, Sempronio hacía como que penetraba a Calisto, y lo mismo hacía Lucrecia con Melibea. Incluso, los protagonistas llegan a pegar sus nalgas, a modo de perrito, y se arquean, una y otra vez, como si hubiese un consolador doble que los estuviese penetrando. Y así prosigue la obra. Poco antes de que Tristán le anuncie a Calisto que sus criados han muerto, ambos se despiertan juntos en un lecho, y el criado le besa el cuerpo a su amo, que luce indiferente. De todos los personajes, es Calisto el más tergiversado: se ve como un petimetre, frágil y amanerado, y por si fuese poco, la obra insinúa que ha sido encajado por Sempronio, Pármeno, y hasta Melibea.

La puesta carece de momentos líricos, poéticos, y peor, carece de modulaciones. Su ritmo, más que acelerado, tiene la monotonía de una cabalgata del oeste, con banda sonora de tambores africanos. No hay silencios, adagios, ni ritardandos. Los diálogos suenan a metralla, a chillidos, y a vacío. Ni siquiera el famoso pasaje de «Melibea soy» resulta convincente; y Melibea, que luego del hechizo parecía una hembra en celo, a veces sonaba como la niña de *El exorcista*.

De los actores, sólo puedo destacar —y sin mucho entusiasmo— a Leticia Martín, como Celestina, y a Betiza Bismark, como Areúsa. Todos los actores se crispan, exclaman y se mueven entre luces blancas y rojas, que insinúan un aire diabólico; y a veces, acuden a alguna utilería, que oscila entre falsa y exagerada: el hilado de la vieja eran tres paños grandes como sábanas; el cordón de Melibea, una soga enorme, a la cual se frotaba Calisto para masturbarse, y la camilla sobre la que muere Celestina, parecía sacada de una morgue. La escalera se insinúa, poniendo a Calisto sobre los hombros de Sempronio, e igualmente, la torre de Melibea eran los hombros de su padre. Las dos jaulas de la primera escena fueron acertadas, porque pueden simbolizar el cautiverio en que habría de quedar la voluntad de los amantes.

Finalmente, las supuestas alusiones a un «trasfondo político», que anunciaba el texto del programa, si alguna vez existieron, pasaron desapercibidas. Sin embargo, hubo un mensaje implícito. Desde hace años, la libertad sexual se ha convertido en el último reducto de todas las libertades cívicas en Cuba. O más bien, ha habido dos: el alcohol y el sexo. Hasta hoy, todas las ansias de libertad de los cubanos han debido ahogarse en actos de libertinaje. Y esta obra demuestra que esos impulsos de libertad, cada vez más estruendosos y viscerales, son los gritos iracundos de una sociedad que quiere recuperar su dignidad. Lo que vi no fue una tragicomedia. Fue una farsa, un aquelarre de ninfas y faunos, una orgía *queer*, pero también, fui testigo de una degradación que ya no puede esconder ni siquiera el arte. Esperemos que haya tocado fondo, y sobrevenga el ascenso.

